Vicente Blasco Ibañez

El parásito del tren

-Si -dijo el amigo Pérez a todos sus contertulios de café-; en este periódico acabo de leer la noticia de la muerte de un amigo. Sólo lo vi una vez, y, sin embargo, lo he recordado en muchas ocasiones. ¡Vaya un amigo!

Lo conoci una noche viniendo a Madrid en el tren correo de Va-lencia. Iba yo en el departamento de primera. En Albacete bajo el único viajero que me acompañaba, y al yerme solo, como habia dormido mal la noche anterior, me estremeci voluptuosamente contemplando los almohadones grises. ¡Todos para mí! ¡Podia extenderme con libertad! ¡Flojo sueño echar hasta Alcázar de San Juan!

Corn el velo verde de la lámpara y el departamento quedó en deliciosa penumbra. Envuelto en mi manta, me tendi de espaldas, estirando mis piernas cuanto pude con la deliciosa seguridad de no molestar a nadie.

El tren corría por las llanuras de la Mancha, áridas y desoladas. Las estaciones estaban a largas distancias: la locomotora extremaba su velocidad, y mi coche gemia y temblaba como una vieja diligencia. Balanceándome sobre la espalda, impulsado por el terrible traqueteo; las franjas de los almohadones arremolinábanse; saltaban las maletas sobre las comisas de red; temblaban los cristales en sus alvéolos de las ventanillas, y un espantoso rechinar de hierro viejo venia de abajo. Las ruedas y frenos gruñian; pero conforme se cerraban mis ojos, encontraba yo en su mido nuevas modulaciones, y tan pronto me creia mecido por las olas como me imaginaba que habia retrocedido hasta la niñez y me arrullaba una nodriza de bronca voz.

Pensando tales tonterias, me dormi, oyendo siempre el mismo estrépito y sin que el tren se detuviera.

Una impresión de frescura me despertó. Senti en la cara como un golpe de agua fila. Al abrir los ojos vi el departamento solo; la portezuela de enfrente estaba cenada. Pero senti de nuevo el soplo frio de la noche, aumentado por el huracán que levantaba el tren en su rápida marcha, y al incorporarme, vi la otra portezuela, la inmediata a mi, completamente abierta, con un hombre sentado al borde de la plataforma, los pies fuera, en el estribo encogido, con la cabeza vuelta hacia mi y unos ojos que brillaban mucho en su cara oscura.

La sorpresa no me permitia pensar. Mis ideas estaban aún embrolladas por el sueño. En el primer momento senti cierto tenor supersticioso. Aquel hombre, que se aparecia estando el tren en marcha, tenia algo de los fantasmas de mis cuentos de niño.

Pero inmediatamente recordé los asaltos en las vias férreas, los robos de los trenes, los asesinatos en un vagón, todos los crimenes de esta clase que habia leido, y pensé que estaba solo, sin un mal timbre para avisar a los que dormian al otro lado de los tabiques de madera. Aquel hombre era seguramente un ladrón.

El instinto de defensa, o, más bien, el miedo, me dió cierta ferocidad. Me arrojé sobre el desconocido, empujándolo con codos y rodillas; perdió el equilibrio; se agarró desesperadamente al borde de la portezuela, y yo segui empujándole, pugnando por arrancar sus crispadas manos de aquel asidero para anoj arlo a la via. Todas las ventajas estaban de mi parte.

-¡Por Dios, señorito! -gimió con voz ahogada-. Señorito, déjeme usted. Soy un hombre de bien.

Y habia tal expresión de humildad y angustia en sus palabras, que me senti avergonzado de mi brutalidad y le solté.

Se sentó otra vez, jadeante y tembloroso, en el hueco de la portezuela, mientras yo quedaba en pie, bajo la lámpara, cuyo velo desconi.

Entonces pude verlo. Era un campesino, pequeño y enjuto, un pobre diablo, con una zamarra remendada y mugrienta y pantalones de color claro. Su gorra negra casi se confundia con el tinte cobrizo y barnizado de su cara, en la que se destacaban los ojos, de mirada mansa, y una dentadura de rumiante, fuerte y amarillenta, que se descubria al contraerse los labios con sonrisa de estúpido agradecimiento.

Me miraba como un peno a quien se ha salvado la vida, y, mientras tanto, sus oscuras manos buscaban y rebuscaban en la faja y los bolsillos. Esto casi me hizo arrepentirme de mi generosidad, y mientras el gañán buscaba, yo metia mano en el cinto y empujaba mi revólver. ¡Si creia pillarme descuidado!...

Tiró él de su faja, sacando algo, y yo le imité, sacando de la funda medio revólver. Pero lo que él tenia en la mano era un cartoncito mu-griento y acribillado, que me enseñó con satisfacción.

-Yo también llevo billete, señorito, Lo miré y no pude menos de echarme a reir:

-Pero ¡si es antiguo! -le dije-. Ya hace años que sirvió... ¿Y con esto te crees autorizado para asaltar el tren y asustar a los viajeros?

Al ver su burdo engaño descubierto, puso la cara triste, como si temiera que intentase yo anoj arlo otra vez a la via, Senti compasión y quise mostrarme bondadoso y alegre para ocultar los efectos de la sorpresa, que aún duraban en mi.

-Vamos, acaba de subir. Siéntate dentro y cierra la portezuela.

-No, señor -dijo con entereza-. Yo no tengo derecho a ir dentro, como un señorito. Aqui , y gracias, pues no tengo dinero.

Y con la firmeza de un testamdo se mantuvo en su puesto.

Yo estaba sentado junto a él; mis rodillas, en su espalda. Entraba en el departamento un verdadero huracán. El tren coma a toda velocidad; sobre los yermos y terrosos desmontes resbalaba la mancha roja y oblicua de la abierta portezuela, y en ella, la sombra encogida del desconocido y la mia. Pasaban los postes telegráficos como pinceladas amarillas sobre el fondo negro de la noche, y en los ribazos brillaban un instante, cual enormes luciérnagas, los carbones encendidos que arrojaba la locomotora.

El pobre hombre estaba intranquilo, como si extrañase que le dejara permanecer en aquel sitio. Le di un cigarro, y poco a poco fué hablando.

Todos los sábados hacia el viaje del mismo modo. Esperaba el tren a su salida de Albacete, saltaba a un estribo, con riesgo de ser despedazado; coma por fuera todos los vagones, buscando un departamento vacio, y en las estaciones apeábase poco antes de la llegada, y volvia a subir después de la salida: siempre mudando de sitio para evitar la vigilancia de los empleados, unas malas almas enemigas de los pobres.

-Pero ¿adónde vas? -le dije-. ¿Por qué haces este viaje, exponiéndote a morir despedazado?

Iba a pasar el domingo con su familia. ¡Cosas de pobre! Él trabajaba algo en Albacete y su mujer servia en un pueblo. El hambre los habia separado. Al principio, hacia el viaje a pie; toda una noche de marcha; y cuando llegaba por la mañana, caia rendido, sin ganas de hablar con su mujer ni de jugar con los chicos. Pero ya se habia despabilado, ya no tenia miedo, y hacia el viaje tan ricamente en el tren. Ver a sus hijos le daba fuerzas para trabajar más toda la semana. Tenia tres:

el pequeño era asi, no levantaba dos palmos del suelo, y, sin embargo, le reconocia, y, al verle entrar tendiale los brazos al cuello.

-Pero ¿tú -le dije- no piensas que en cualquiera de estos viajes tus hijos van a quedarse sin padre?

Él sonreia con confianza. Entendia muy bien aquel negocio. No le asustaba el tren cuando llegaba como caballo desbocado, bufando y echando chispas; era ágil y sereno; un salto, y arriba; y en cuanto a bajar, podria darse algún coscorrón contra los desmontes, pero lo importante era no caer bajo las medas.

No le asustaba el tren, sino los que iban dentro. Buscaba los coches de primera porque en ellos encontraba departamentos yacios, ¡ Qué de aventuras! Una vez abrió, sin saberlo, el reservado de señoras: Dos monjas que iban dentro gritaron: «~Ladrones!», y él, asustado, se arrojó del tren y tuvo que hacer a pie el resto del camino.

Dos veces habia estado próximo, como aquella noche, a ser arrojado a la via por los que despertaban sobresaltados con su presencia; y buscando en otra ocasión un departamento oscuro, tropezó con un viajero que, sin decir palabra, le asestó un garrotazo, echándole fuera del tren. Aquella noche si que creyó morir.

Y al decir esto, señalaba una cicatriz que cmzaba su frente.

Lo trataban mal, pero él no se quejaba. Aquellos señores tenian razón para asustarse y defenderse. Comprendia que era merecedor de aquello y algo más; pero ¡qué remedio, si no tenia dinero y deseaba ver a sus hijos!

El tren iba limitando su marcha, como si se aproximara a una estación. Él, alarmado, comenzó a incorporarse.

-Quédate -le dije-. Aún falta otra estación para llegar a donde tú vas. Te pagaré el billete.

-~Quia! No, señor -repuso con candidez maliciosa-. El empleado, al dar el billete, se fijaria en mi; muchas veces me han perseguido, sin conseguir yerme de cerca, y no quiero que me tomen la filiación. ¡ Feliz viaje, señorito! Es usted la más buena alma que he encontrado en el tren.

Se alejó por los estribos, agarrado al pasamano de los coches, y se perdió en la oscuridad, buscando, sin duda, otro sitio donde continuar tranquilo su viaje.

Paramos ante una estación pequeña y silenciosa. Iba a tenderme para dormir, cuando en el andén sonaron voces imperiosas.

Eran los empleados, los mozos de la estación y una pareja de la Guardia Civil, que coman en distintas direcciones, como cercando a alguien.

-¡Por aqui!... ¡Cortadle el paso! Dos por el otro lado, para que no escape... Ahora ha subido sobre el tren. ¡Seguidle!

Y, efectivamente, al poco rato las techumbres de los vagones temblaban bajo el galope loco de los que se perseguian en aquellas alturas.

Era, sin duda, el amigo, a quien habian sorprendido, y, viéndose cercado, se refugiaba en lo más alto del tren.

Estaba yo en una ventanilla de la parte opuesta al andén, y vi cómo un hombre saltaba desde la techumbre de un vagón inmediato con la asombrosa ligereza que da el peligro. Cayó de bmces en un campo, gateó algunos instantes, como si la violencia del golpe no le permitiera incorporarse, y, al fin, huyó a todo correr, perdiéndose en la oscuridad la mancha blanca de sus pantalones.

El jefe del tren gesticulaba al frente de los perseguidores, algunos de los cuales reian.

-¿Qué es eso? -pregunté al empleado.

-Un tuno que tiene la costumbre de viajar sin billete -me contestó con énfasis-. Ya le conocemos hace tiempo. Es un parásito del tren; pero poco hemos de poder, o le pillaremos para que vaya a la cárcel.

Ya no vi más al pobre parásito. En invierno, muchas veces, me he acordado del infeliz, y lo veía en las afueras de una estación, tal vez azotado por la lluvia y la nieve, esperando el tren, que pasa como un torbellino, para asaltarlo con la serenidad del valiente que asalta una trinchera.

Ahora leo que en la vía férrea, cerca de Albacete, se ha encontrado el cadáver de un hombre despedazado por el tren... Es él, el pobre parásito. No necesito más datos para creerlo: me lo dice el corazón. «Quien ama el peligro, en él perece.» Tal vez le faltó inesperadamente la destreza; tal vez algún viajero, asustado por su repentina aparición,

thé menos compasivo que yo y le arrojó bajo las ruedas.

¡Vaya usted a preguntar a la noche lo que pasaría!

-Desde que le conocí -terminó diciendo el amigo Pérez- han pasado cuatro años. En este tiempo he corrido mucho, y viendo cómo viaja la gente, por capricho o por combatir el aburrimiento, más de una vez he pensado en el pobre gañán, que, separado de su familia por la miseria, cuando quería besar a sus hijos, tenía que verse perseguido y acosado como alimaña feroz y desafiar la muerte con la serenidad de un héroe.

FIN